Carmen
Camacho

Es Navidad

Y ahora piensas en tus amigos y en todas las personas que te acompañaron desde el principio. Tus padres, tíos, una familia que ya no tienes y no puedes encontrar ya no están en esta tierra. Habíamos aprendido el resorte que nos permitía bajar solos a la calle, al raso, para deambular entre el alumbrado navideño y tumultos de gentes comprando con urgencia, porque en eso hemos convertido la Navidad en consumo compulsivo. Caminar sin control, lejos de las cámaras de vigilancia, bailar alucinados, olfateando todo sin correas, correr sin dueños —el vértigo de la emoción que sobreviene minutos antes de enamorarte con su sabor de estrellas—, confiado en encontrar por intuición canina el camino de regreso al hogar, como si a estas alturas de tantas navidades y de este siglo regresar al hogar fuese posible o existiese aún un hogar al que regresar. Uno se convierte un poco en lo que ama. Resulta Y a lo que sueña, el astrónomo, a su eclipse, el carpintero a su silla, ya eres otro, soy otro. Todos somos como cuando alguien nos ama o deja de amarnos. El gesto por vivir no se me acaba nunca. Si escribo que puedo volar, entonces comienzo a percibir el viento bajo las alas.